

# ENTRETEJER EL DOLOR Y LAS RESISTENCIAS CONTRA EL OLVIDO. EXPERIENCIAS ALREDEDOR DE LAS Y LOS DESAPARECIDOS EN COLOMBIA

*Weaving together pain and resistance against  
oblivion.*

Experiences surrounding the disappeared in  
Colombia

Cristina Ayala Arteaga\* y Adriana Rodríguez Giraldo\*\*

ORCID: 0000-0001-7306-576X

\* Profesora investigadora Diseño digital y multimedia, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

\*\* Comunicadora Social. Mg. Estudios Culturales.

## Resumen

El ensayo analiza las formas en que las mujeres buscadoras en Colombia elaboran prácticas de memoria que resisten el borramiento impuesto por la desaparición forzada. Apartir del proyecto ¿Quién dibuja sus nombres?, se examinan los trabajos de colectivos como ASFADDES y MOVICE, cuyas acciones combinan expresiones artísticas y prácticas comunitarias que restituyen presencia en la ausencia. El texto expone cómo la desaparición opera como una tecnología de silenciamiento que convierte vidas en cifras y despoja a los cuerpos de su humanidad. Frente a esta lógica, las mujeres buscadoras reconstruyen memorias situadas mediante relatos íntimos, artefactos gráficos y sonoros, imágenes ampliadas y prácticas feministas encarnadas. El análisis se sustenta en perspectivas decoloniales y en los debates de los Estudios Culturales para mostrar que estas prácticas constituyen formas de agencia política que disputan el orden colonial del olvido. El ensayo sostiene que la representación, el afecto y la acción comunitaria configuran procesos de identidad que emergen al interior de la memoria. Concluye con una reflexión abierta sobre la potencia ética, estética y política de estas prácticas de resistencia.

## Palabras Clave:

Desaparecidos; Mujeres; Arte; Memoria; Colombia

## Abstract

This essay examines how mujeres buscadoras in Colombia develop memory practices that resist the erasure imposed by forced disappearance. Drawing on the project Who Draws Their Names?, it analyzes the work of collectives such as ASFADDES and MOVICE, whose interventions combine artistic expression and community-based practices that restore presence to absence. The text argues that disappearance functions as a technology of silencing that reduces lives to statistics and strips bodies of their humanity. In response to this logic, mujeres buscadoras reconstruct situated memories through intimate narratives, graphic and sonic artifacts, expanded images, and embodied feminist practices. The analysis draws on decolonial perspectives and debates within Cultural Studies to show that these practices constitute forms of political agency that confront the colonial order of oblivion. The essay contends that representation, affect, and collective action shape identity processes that emerge within memory itself. It concludes with an open reflection on the ethical, aesthetic, and political force of these practices of resistance.

## Keywords:

Disappeared; Women; Art; Memory; Colombia

**Recepción:** 5 de octubre de 2025

**Aceptación:** 20 de noviembre de 2025

**Cite este artículo como:** Ayala, C. y Rodríguez, A. (2025). "Entretejer el dolor y las resistencias contra el olvido. Experiencias alrededor de las y los desaparecidos en Colombia", en *Posibilidades*, 6 (1), 79-84.



Desaparecer el cuerpo es desaparecer el acto atroz, borrar la evidencia material del asesinato, de la tortura, de la残酷 ejercida. En ese gesto se pretende anular no solo el rastro físico, sino también la memoria del acto injusto, la posibilidad de duelo, de ritual, de justicia; la posibilidad misma de nombrar al perpetrador. La desaparición forzada opera como una tecnología política de silenciamiento que apunta a fracturar la memoria colectiva y, con ella, las formas comunitarias de resistir. Sin embargo, la violencia nunca consigue clausurar del todo los tejidos sensibles y afectivos de quienes buscan. Existen formas concretas y simbólicas en las que las comunidades re-memorizan a sus desaparecidos, reponen presencia en la ausencia y abren, desde el dolor compartido, nuevas maneras de volver a tenerlos.

Nuestra investigación —parte del proyecto ¿Quién dibuja sus nombres? Trazos de resistencia en la ausencia. El dolor compartido de las mujeres alrededor de los cuerpos ausentes resultado de la desaparición forzada en el marco de la violencia desde Bogotá— se ha aproximado a estas prácticas artísticas y sociales mediante un diálogo sostenido con colectivos como ASFADDES, MOVICE, Somos Pedagógicas por el Buen Vivir y Cepaz-UPN. Este entramado de relaciones nos permitió reconocer que la memoria, para estas comunidades, no es un objeto estático ni una categoría abstracta, sino una práctica vital situada: un modo de persistir frente al olvido impuesto, una forma de resistir desde los afectos y desde la acción comunitaria. A través de objetos, registros, dibujos, sonovisos, fotografías intervenidas, caminatas, relatos íntimos y gestos cotidianos, se configuran representaciones que transitan entre lo social y lo artístico, donde la imagen deja de ser únicamente una visualidad bidimensional y

se convierte en un espacio amplio y poroso. Una imagen ampliada —corpórea, sonora, táctil— que abre otras posibilidades de enunciación y transformación.

Como investigadoras de Estudios Culturales, reflexionamos sobre los modos en que miramos. La metodología de este proyecto nos obligó a desbordar la mirada viso-retinal y comprender que la imagen, en estos contextos, se expande y se encarna: es un territorio afectivo donde se reúnen memoria, cuerpo y política. Esta conciencia metodológica implica situarnos críticamente frente a los modos hegemónicos de producir conocimiento, modos que históricamente han subordinado las experiencias comunitarias a racionalidades académicas que se pretenden totalizantes.

En la colonización del dolor —como dimensión de la herida colonial que Mignolo señala— se espera que la aparición del cuerpo o la ubicación de los restos cierre el duelo, clausure la demanda. El Estado, en su burocracia, convierte la desaparición en cifra, despojando a la persona de su condición humana y reduciendo la violencia a un dato. Esa operación, como recuerda Mignolo (2008), continúa la lógica del pachakuti: un reordenamiento que deshumaniza y despoja. Convertir al desaparecido en número es negar su memoria, es impedir a la comunidad la posibilidad de dolerse, de elaborar, de narrar.

Frente a ese borramiento, emerge la voz y la práctica de las mujeres que buscan, como la de Gloria Gómez de ASFADDES, quien nombra de manera luminosa cómo se sostiene la memoria desde el afecto.

En nuestras denuncias siempre el ejercicio era hablar de ellos porque es una necesidad y nos dimos cuenta de que hablar de ellos vivos no nos hacía tanto daño, por el contrario, volvíamos

**a reírnos de lo que nos decían, recordamos las peleas, las disputas... La memoria es viva y es sanadora, es terapéutica y es espontánea, se construye y se deconstruye una y otra vez para volverlos a tener. La memoria para los familiares no es otra cosa que el mecanismo para volverlos a tener, para volverlos a oír, para volverlos a sentir, para verlos, la memoria nos permite volver a vivir con ellos. (Min. 34:45:22)**

Esta comprensión situada de la memoria encarnada, afectiva, íntima, política tensiona y desplaza las definiciones producidas desde la episteme occidental moderna, que tienden a fijarla como objeto de estudio antes que como práctica viva. Las comunidades no solo comprenden su propio dolor: lo organizan, lo expresan, lo comparten y lo transforman en política. Como señala Hall (2010), el campo de los Estudios Culturales no contiene una política interna predeterminada; más bien se constituye por la tensión entre prácticas críticas, sociales y culturales que disputan sentidos, lugares de habla y modos de representación.

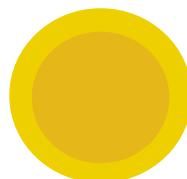
Desde allí interrogamos el vínculo entre práctica académica, práctica social y práctica artística. Tal como plantea Walsh (2010), el canon cartesiano que organiza el ser-hacer-conocer ha borrado la experiencia situada, el cuerpo, el territorio, la memoria encarnada. Por eso nuestra apuesta metodológica implica un gesto de descolonización: desplazarnos, desmontar jerarquías epistémicas, abrir la investigación a formas dialogantes de saber donde el conocimiento se construye con y desde las comunidades. La política del nombrar propuesta por Walsh, se vuelve fundamental para reinscribir las memorias desaparecidas en un horizonte que no las reduzca a ausencia sino que reconozca su potencia generativa.

Desde estas coordenadas, las categorías que emergen en el proyecto se comprenden como prácticas de resistencia: notas biográficas, relatos íntimos, registros cotidianos, artefactos gráficos y sonoros que migran hacia lo público,



hacia la calle, hacia los barrios. Son prácticas artísticas comunitarias que no buscan validación disciplinar, porque su legitimidad se funda en el dolor compartido y en el derecho de narrarse. Estas prácticas no son adornos estéticos, sino agencias políticas que desestabilizan el orden colonial del olvido.

Nuestro trabajo colectivo —trazado desde la comunicación social y comunitaria, las pedagogías feministas, las prácticas artísticas, la ecología política y los estudios culturales— ha permitido abordar la desaparición desde múltiples lenguajes. Los feminismos encarnados y comunitarios resultan aquí insoslayables: las mujeres que buscan son quienes sostienen la memoria, quienes reponen el cuerpo ausente a través de su propia corporalidad, quienes convierten el gesto cotidiano en acción política. Ellas dibujan, caminan, hablan, relatan, lloran, acompañan. En esas prácticas se produce



una ética del cuidado que es también una política de la presencia.

Uno de los artefactos elaborados en este proyecto (el sonoviso, los ecosistemas de artefactos que exploran diferentes medialidades) responden a esta necesidad de expandir la imagen y hacerla cuerpo. Sabemos que ningún medio audiovisual es transparente; sin embargo, esta medianidad nos abre una posibilidad de articular imagen, sonido y relato para activar una memoria sensorial y afectiva. El sonoviso busca tejer un paisaje que reúna voces íntimas de mujeres familiares buscadoras de las y los desaparecidos, como Gloria Luz Gómez Cortés y Luz Marina Hache Contreras. Estos relatos, situados en la historia particular de cada caso, se entrecruzan con la memoria colectiva de la ciudad, revelando cómo los crímenes de Estado se inscriben en el territorio y cómo la comunidad construye formas de resistir al olvido.

Estas prácticas de memoria visual, sonora, corporal conforman una historia común tejida desde lo singular. Constituyen una práctica situada que, como señala Chaparro (2020), permite interrogar la modernidad desde la periferia: disputar la ciudad-metrópoli con la ciudad-colonia, evidenciar cómo el sistema-mundo ordena cuerpos y espacios, y cómo las comunidades resisten ese orden desde sus propias narrativas.

Así, el ecosistema de artefactos del proyecto participan de lo que Hall (2003) llama prácticas de identificación: modos de

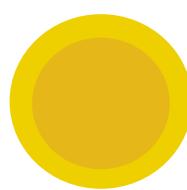
producir identidad por dentro de la representación, nunca fuera de ella. La memoria funciona como un recurso infinito que genera relatos, imágenes, gestos, objetos. Merewether (1993) explica que llevar las fotografías de los desaparecidos a la calle no representa a la muerte, sino a los muertos; es decir, devuelve presencia, rompe el anonimato, reinscribe la vida en el espacio público. Rancière (2005) refuerza esta idea al señalar que la representación no consiste en reproducir lo visible, sino en generar equivalencias sensibles que permanezcan en la memoria, alterando siempre la cadena de imágenes en la que se insertan.

En este horizonte, la identidad deja de concebirse como esencia para entenderse como producción: un proceso que emerge en la tensión entre lo visible y lo invisible, entre lo dicho y lo no dicho, entre lo íntimo y lo colectivo. La presencia imaginada de los desaparecidos -esa presencia que no puede volver atrás- se convierte en una fuerza que articula la práctica artística comunitaria con una política afectiva del recuerdo. En

la potencia de estas prácticas se agencia una memoria encarnada que insiste, que retorna, que rehace y reabre sentidos.

No se trata de cerrar, sino de seguir preguntando: ¿Cómo se dibuja un nombre que falta? ¿Qué cuerpos sostienen la memoria? ¿Qué formas sensibles permiten resistir a un Estado que cifra la ausencia? Este ensayo se queda allí, en un cierre abierto, en el tránsito entre la herida y la creación, entre el dolor y la política, entre la desaparición y los gestos que insisten en devolver presencia. En ese umbral, la memoria sigue siendo posibilidad, verbo y resistencia<sup>1</sup>.

1 Nota del editor: este texto está articulado al ensayo fotográfico Ctrl + Alt + Supr. Corporalidades borradas, imágenes y ejercicios de memoria que se resisten a la desaparición: por una política de la inausencia, que se publica a continuación en este mismo número.



## Referencias

- Chaparro, A. (2020). Modernidades periféricas. Herder Editorial.
- Gómez, G. (2022). Estado inédito [Entrevista realizada por Adriana Rodríguez del colectivo Baharequequé]. Audiovisual experimental de autor.
- Halbwachs, M. (2004). La memoria colectiva. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hall, S. (2003). Cuestiones de identidad cultural. Amorrortu Editores.
- Hall, S. (2010). Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales. Instituto de Estudios Peruanos; Universidad Andina Simón Bolívar; Envión.
- Merewether, C. (1993). La violencia del arte, el arte de la violencia [Conferencia grabada por Uniandes Grabaciones Sonoras]. En Conferencias sobre arte. <https://badac.uniandes.edu.co/casetes/items/show/708>
- Mignolo, W. D. (2008). “América Latina” y el primer reordenamiento del mundo moderno/colonial”. En La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial, 75–116. Gedisa.
- Rancière, J. (2005). Sobre políticas estéticas. Museu d’Art Contemporani de Barcelona; Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona.
- Walsh, C. (2010). “Estudios (Inter)culturales en clave de-colonial”. *Tabula Rasa*, 12, 209–227.

